

por Hassan-Bajá, aparecia por el Oriente en el Peloponeso á las centinelas rusas, puestas de observacion en las montañas para reconocerlas. Los albaneses de Tripolizza, informados en el mismo instante de la presencia de las velas turcas que cubrian el Archipiélago, se lanzan por la garganta de Nizij hácia la llanura de Coron.

Mauromikali, sometiendo su enojo á su patriotismo, defiende con sus esparciatas el desfiladero de Nizij contra diez mil albaneses. Cercado al fin en la última casa que quedaba en pié del pueblecillo en que se bate con veintiun hombres contra un ejército, vé morir uno á uno á todos sus compañeros, y él mismo cae herido con su nieto por las balas enemigas, sin abandonar la defensa hasta despues de su caida. Los albaneses se admiraron de no hallar vivos en aquella fortaleza mas que á un anciano y á un niño, á Mauromikali y su nieto, digno heredero de los trescientos de las Termópilas.

### XVIII

Los albaneses, dueños al fin del desfiladero, desembocan en la llanura de Maina, y avanzan hácia

Modon para hacer levantar el bloqueo de la ciudad. Los rusos, asaltados en sus baterías, se repliegan en derrota hácia Navarino, llevándose á su comandante herido. Los griegos de los campos vecinos huyen del hierro y el fuego de los albaneses, y se agrupan con sus mujeres, sus hijos y sus rebaños bajo los muros de Navarino, suplicando á los rusos que les abran las puertas para libértarlos de la muerte.

« Vosotros nos habeis prometido la libertad, » gritan desde el pié de las fortificaciones á Alejo Orlof encerrado en la ciudad; « nosotros no os pedimos sino un refugio para salvar la vida. »

Alejo no responde. Esta muchedumbre sin asilo lo busca en las olas, se mete en todas las barcas de la costa, y se refugia sin armas, sin víveres, sin abrigo en el pelado escollo de Sphacteria, separado por las ondas de la rada. Las cinco mil víctimas de la inhumanidad de Orlof perecen lentamente de hambre y de frio, teniendo al rededor, dice la narracion griega, los cadáveres flotantes de sus mujeres y sus hijos, rechazados por el oleage de las dos costas.



## XIX

Alejo Orlof, sin intentar defender á Navarino mas que el tiempo necesario para reembargar á los rusos, se refugia con Benaki, Papas-Oghli y algunos primados griegos en sus buques, hace saltar las fortificaciones minadas de Navarino y navega hácia el cabo Matapan para reunirse con Elphinston y su hermano Teodoro Orlof, cuyas escuadras bogaban en busca de la flota turca, señalada en el Archipiélago. Veinte mil familias griegas de lo interior y de la costa van á buscar donde guarnecerse en las islas venecianas. El bajá, conteniendo la venganza de los feroces albaneses, afecta imputar únicamente á los rusos la culpa y las desgracias de la insurreccion provocada por ellos. Publica una amnistía general, permite que las familias fugitivas vuelvan á sus hogares, les restituye sus tierras y sus casas, y tranquiliza el Peloponeso.

Tal fué la primera y deplorable intervencion de los rusos en la suerte de la Grecia. Los pueblos de esta raza heroica aprendieron con esta leccion terrible que dificilmente se recibe de mano extranjera, por

lo comun interesada, la libertad, que debe ser recordada con sus propias armas y rescatada con su propia sangre. Los polacos aprendian esta misma leccion con el mismo maestro; la independencia no es un don, es una conquista.

El mar iba á cambiar la fortuna, hasta entónces tan contraria á los rusos.

## XX

El capitan-bajá, no sabiendo aprovechar la ocasion que le ofrecia la fortuna de encerrar á los rusos en la rada de Navarino entre sus albaneses y la artillería, habia perdido el tiempo en la costa oriental del Peloponeso, penetrando con sus buques en el largo desfiladero de agua que se insinua como un rio hasta el pié de Nauplia en el golfo de Argos. A la entrada de este canal habia dejado seis buques para que aguardasen su vuelta y doblasen juntos el cabo de Matapan. Hassan mandaba este destacamento de la flota otomana, expuesto así á ser atacado por las tres escuadras rusas reunidas.



## XXI

Hassan-Bajá, el Nelson de los otomanos, habia protestado en vano contra esta lentitud en la marcha y la diseminacion temeraria de la flota. Hassan tenia el talento marítimo, otro poseia el mando; y se habia sometido deplorando la impericia ó la cobardía del capitan-bajá. El valor y la fortuna de Hassan-Bajá, que llegó despues á capitan-bajá, han resonado tan altamente en tres mares, que la historia se halla justificada cuando se detiene á referir su origen.

Era un esclavo persa, cogido en su infancia por los turcos en la campaña contra Nadir-Schah, y vendido por el genízaro que lo poseia á un pescador de Rodosto, puertecillo turco inmediato á Constantinopla, en el mar de Mármara. Llegado á la adolescencia, maltratado por un amo avaro, y estimulado á recobrar la libertad por el mar que le inspiraba la idea y le ofrecia la ocasion de la fuga, remó una noche hácia la desembocadura de los Dardanelos, bogó hácia Esmirna, y se alistó en las tropas reclutadas á la sazón por la regencia de Alger. Admitido en la guar-

dia del dey de Argel, notable por su figura persa, célebre despues entre sus camaradas por muchos combates contra los leones del desierto, á cuya caza tenia mucha pasion, presentado al dey á causa de sus hazañas, medio devorado dos veces por leonas á quienes habia quitado sus cachorros, su intrepidez le valió el mando de una de las provincias. La enemistad de un visir lo condenó á muerte. Huyó con sus mujeres, sus esclavos, sus tesoros, á una ciudad española de la costa de Africa.

Acogido pronto en España, atraviesa este reino, reside en Francia, recorre la Italia, va á Nápoles, y se embarca para Constantinopla. El dey de Argel lo reclama, el gran visir lo encierra, sin aguardar su extradicion, en uno de los calabozos del serrallo. El sultan, informado de sus aventuras en el desierto y de sus combates contra los leones, lo visita disfrazado en su prision, y le hace referir sus cacerías. Hassan reconoce al padischah, se arroja á sus piés, le pide proteccion contra sus perseguidores, lo conmueve, obtiene el mando de un buque de guerra, recluta la tripulacion entre hombres tan aventureros é intrépidos como él, se distingue en tres campañas, llega en pocos años al rango de tercer almirante de la flota, y monta el navío del capitan-bajá como almirante de pabellon.



Tal era el hombre destinado á ver destruir ante su vista la flota otomana, y á realzarla por su genio y su heroismo al nivel de las de Barbaroja y Mezzomorto. El mar es el patrimonio de los aventureros. Sobre un elemento tan azaroso no se triunfa sino entregándose en manos del acaso.

## XXII

Hassan tenia ante él en el escocés Elphinston un digno rival en audacia. Elphinston, sin calcular su debilidad numérica, viendo los seis buques de guerra de Hassan, los embiste sin aguardar á que lleguen las escuadras de Teodoro y de Alejo Orlof. Abordado Hassan por el navío de Elphinston, se vé de repente abandonado por los otros cinco buques suyos, que huyen del combate y van á cobijarse bajo el cañon de Nápoli de Malvasia.

Unico blanco de la artillería de Elphinston, responde con el triple volcan de sus puentes, rechaza con sable en mano los cinco abordages, cubre de cadáveres rusos el espacio comprendido entre los costados de su buque y los de los enemigos, los evita,

los flanquea, les hace fuego alternativamente, se abre paso y se abriga, mutilado, pero triunfante, bajo el fuego de una batería avanzada de la costa, erizada de escollos del Peloponeso. Elphinston, queriendo seguirlo, rompe contra ellos la quilla de uno de sus buques, se retira temiendo perder toda su escuadra, y boga, reparando sus averías, hácia la isla de Cerigo, vanguardia de las islas del Archipiélago, para reunir allí las dos escuadras.

## XXIII

A la vuelta del capitan-bajá del fondo del golfo de Argos, Hassan lo exhortó á evitar la union de las escuadras rusas atacándolas separadamente en las aguas de Cerigo y del cabo Matapan. El capitan-bajá conocia que seria una temeridad inútil arriesgar la flota y el continente griego en una batalla naval, y que era menester replegarse á Chio, en donde otros diez buques, procedentes de los Dardanelos, harian frente en pasajes estrechos á los almirantes rusos.

El bajá del Peloponeso, indignado con la obstinacion del capitan-bajá que se empeñaba en quedarse



arrimado al continente de Nauplia, le amenazó con disparar contra sus buques, si no salía inmediatamente al mar. En vez de navegar hácia las escuadras rusas, el capitan-bajá se mantuvo entre las islas y el continente Jónico, mas dispuesto á refugiarse en una rada que á provocar un combate. Alcanzado en el canal de Chio por otros diez buques de guerra, que desembocaron al fin en los Dardanelos, echó anclas en las mismas aguas en que la escuadra de Antioco habia aguardado en otro tiempo las galeras romanas, y decidido de la suerte del Asia.

La disposicion de la flota turca, casi semejante á la de la francesa en Abukir, ante los navíos de Nelson, se hallaba protegida por algunas baterías de tierra, pero tenia las desventajas de la inmovilidad, táctica tímida ante un enemigo movible. Quince navíos de tres puentes, cinco fragatas, siete barcos de un puente, cuarenta galeras amarradas en dos áncoras, formaban una media luna cóncava, cuyas puntas se apoyaban en bancos de arena ó escollos fortificados. Ante esta media luna de bronce se ostentaba la verde isla de Chio, interpuesta entre el canal y la alta mar como una larga muralla natural, flanqueada, al borde de la playa, por torres y almenas de los fuertes venecianos; detrás, la costa árida y recortada del Asia Menor hacia un recorte para formar enfrente

de Chio el pequeño golfo de Tchesme, en el fondo del cual blanqueaban en una playa baja las mezquitas y alminares de la ciudad griega de este nombre. Una especie de concha de cuatro leguas marinas de anchura se rizaba con una brisa ligera del Norte entre la flota otomana anclada y la costa de Chio; la rada de Tchesme formaba como un segundo puerto de este mar estrecho. Podria compararse á un circo dispuesto por la naturaleza para un espectáculo naval, en el que servian de graderías las pendientes de Chio y de la Jonia.

## XXIV

Las tres escuadras rusas, mandadas para la accion por el almirante Spiritof, antiguo marino sin experiencia de la guerra naval, salieron al amanecer del 17 de julio de los desfiladeros formados por las islas Spalmadores, navegando á toda vela por el canal. Entre todas no componian mas que un grupo de nueve navíos y cuatro fragatas, fuerza muy inferior á los sesenta bastimentos turcos.

Alejo Orlof, intimidado al aspecto de esta muralla



flotante que cubria de cañones la costa de Asia, dejó que su hermano Teodoro, el almirante Spiritof, Elphinston y el contra-almirante inglés Greig, consejero de Spiritof, atacasen los buques turcos, y manteniéndose en pié sobre una fragata fuera del alcance de los tiros enemigos, pareció que se preparaba para la fuga mas bien que para la victoria. Los primeros buques de Spiritof corriendo oblicuamente bajo todas las velas de la costa, dispararon al pasar contra los de los turcos que formaban la punta de la media luna, virando despues de bordo para evitar el fuego del centro y replegándose á su escuadra para cargar de nuevo y volver á despuntar la media luna.

A la primera descarga del navío almirante otomano, que era el segundo de la línea, una enorme bala de mármol de los turcos pulverizó el gobernalle del navío ruso montado por Spiritof, Teodoro Orlof y Greig. Este buque impelido por el viento hácia la línea turca, iba á abordar con todo su empuje al navío del capitan-bajá. Este tímido general, imitando la pusilanimidad de Alejo Orlof, habia abandonado su bordo al principio de la batalla, con el pretexto de vigilar desde mayor altura sobre la costa las maniobras del combate. Los turcos, testigos de su cobardía, habian presentado en esta prudencia un desastre probable. Solo sus áncoras les impedían huir hácia Lem-

nos. Pero el capitan-bajá habia dejado el alma de la flota en Hassan-Bajá.

Hassan, viendo llegar sobre él el navío desamparado de Orlof, espíó sus cables para evitar el choque, luego, levando sus anclas y acostando el buque sin gobernalle le echó los rezones y convirtió los dos puentes reunidos en teatro de una horrorosa carnicería. Su tripulacion, tan intrépida cuerpo á cuerpo como experimentada en las maniobras, cubrió de fuego á la rusa desde las vergas y los obenques y descolgándose por las cuerdas al puente de los rusos, se empeñó con ellos en atroz pelea. Siete veces los rusos avanzando y retrocediendo como un muro de fuego y bajo una lluvia de granadas, habian rechazado á Hassan y habian sido rechazados hácia sus toldillas, cuando algunos buzos malteses, embarcados por Orlof con este objeto, se sumergieron bajo la carena del bastimento turco y lo taladraron para echarlo á pique, mientras que el fuego devoraba sus mástiles y sus velas.

El humo y la llama que envolvian á los dos buques, echaban alternativamente á los rusos al puente de los turcos, á los turcos al puente de los rusos; cada una de estas ciudadelas flotantes, cambiaba así de combatientes y de campo de mortandad sin aflojar en su encarnizamiento. Los cañones, demasiado in-



mediatos, se callaban, y la lucha de estos dos colosos duraba dos horas hacia en horrible expectativa, cuando el almirante Elphinston, llegando tarde á la línea con la retaguardia y queriendo al ménos salvar el navío almirante ruso, le envía en tres chalupas quinientos hombres de refuerzo. Estos rusos, abordando el bastimento de Orlof por su costado libre, renuevan el combate, apagan el fuego y precipitan al mar á Hassan y á sus combatientes.

Pero nadando hácia los buques aun intactos de su línea, Hassan llena tres faluas de soldados intrépidos, se dirige al libertado navío, se quita su vestido y su turbante mojados, los arroja al mar, suspende al cuello con un cordon sus pistolas, agarra el sable con los dientes, y echando mano á las cuerdas, trepa por segunda vez con sus valientes á la incendiada embarcacion rusa y restablece el combate al pié de sus mástiles abrasados.

Greig, Orlof y Spiritof, viendo su buque incendiado por las velas, y entregado á merced de las olas que lo arrastraban á un escollo, en donde debia estrellarse se meten en las chalupas, y entregando su presa á Hassan, bogan hácia los navíos de Elphinston. Solo sobre el puente con un fiel argelino, amigo suyo, y un esclavo español herido á su lado, Hassan precipita á este, que aun respira, al mar, se arroja él

mismo, y lo sostiene nadando con una mano, encima del agua, secundado por el argelino. Así salvan entre los dos al compañero de su gloria.

Perseguido en esta situacion desesperada por un griego que monta una canoa rusa, esperando vengar su causa en el héroe de los otomanos, Hassan le coje el sable, lo saca fuera de su embarcacion y le da de puñaladas debajo del agua. Por fin, aborda á una playa de la costa de Asia.

Los dos buques, convertidos en una inmensa hoguera, son separados por el viento, y sus mástiles caen al mar hechos carbones. El buque ruso se pierde el primero, y estalla algunos minutos despues con tal estruendo y hecho tantos pedazos, que hace temblar la tierra y remontar las olas. El buque turco, llevado por la corriente al centro de la escuadra incendiada avanzaba como un inmenso brasero flotante hácia la línea turca, impelido por la brisa del Norte que les enviaba el humo, é iba á llevarles muy pronto su llama. Toda la flota levó anclas para evitarlo, y navegando al largo de la costa Jónica, flanqueó el cabo por su izquierda y entró en el golfo estrecho de Tchesme.

Los rusos, un momento separados de la costa por el temor de ser heridos por los fragmentos de los dos buques incendiados, que estaban á punto de volar



hechos astillas, celebraron aquella maniobra, demasiado semejante á una fuga, del capitan-bajá, y anclaron en el campo de batalla, ya desierto.

## XXV

Orlof y Elphinston, debilitados por la pérdida de su navío principal, dieron tiempo al capitan-bajá para que se apoyara en el fondo circular del golfo, al abrigo del fuerte de Tchesme. No era posible hallar posicion mas propia para anular el número y preparar un incendio naval.

Los sesenta buques turcos, apiñados en una rada indefensa, tenian con dificultad el espacio necesario para anclar en algunas líneas de profundidad. Orlof, tentado por la fortuna, hizo llenar tres brulotes de pólvora y combustibles, y ocultándolos entre cuatro buques, mandados por el contra-almirante Greig, los entrega al soplo del viento de mar que bate por la mañana la costa de Jonia. Uno de los brulotes se incendió prematuramente y advirtió en vano á los turcos del peligro; el otro, montado por esclavos ejercitados en las piraterías del Adriático,

fué á pegarse á los costados del buque turco que formaba el centro de la primera línea.

En algunos minutos, la llama que lo devoraba se propagó á tres embarcaciones contiguas, y quemando hasta los cables, hizo flotar estas cuatro hogueras fomentadas por el viento entre los restos de la flota. Toda la rada de Tchesme se convirtió en un momento en un mar de llamas sobre un mar de ruinas. Al grito de terror de las tripulaciones, repetido por los espectadores de la costa, marineros y soldados, echándose á nadar, ó metiéndose en las chalupas, abandonaban sus buques y se esparcian desolados por las dos playas.

Pero muy pronto, los cañones de las baterías, disparándose á medida que el fuego bajaba á los puentes, envian sus balas á aquella aterrada muchedumbre. La conmocion de la costa al ruido de la explosion de los buques que volaban hechos pedazos por el aire, producía el hundimiento de los alminares, de las casas y de las mezquitas de Tchesme. Esmirna, á veinte leguas de la rada, sintió estremecerse la tierra, Aténas oyó el estrépito, la isla de Chio creyó ver abrirse en la costa de Jonia un volcan que se tragaba en el mismo cráter á rusos y otomanos. Los buques de Orlof, aunque apoyados en el cabo y bajo un cielo sereno, sufrían el movimiento de una violenta



tempestad; el humo habia ennegrecido la espuma del golfo; cadáveres medio consumidos flotaban pegados á los mástiles y las vergas. El sol de julio parecia una luna de invierno rasgando con dificultad con su disco pálido la nube de humo que el viento enviaba á las costas. Los mismos vencedores no pudieron dar un grito de alegría por su triunfo. La furia de un elemento habia sobrepujado la de los hombres. Sesenta y dos buques, fragatas, corbetas, galeras ó bastimentos ligeros perecieron en cinco horas en la rada de Tchesme. Los griegos de Chio y de las islas creyeron ver hundirse ante ellos el imperio de sus conquistadores, y se regocijaron con estas represalias del incendio de Bizancio.

Así pereció la marina otomana. Pero el hombre que asistia á su ruina se salvaba para reparar el desastre.

## XXVI

Constantinopla, sin mas proteccion desde entónces que los fuertes mal armados de los Dardanelos, tembló al recibir la noticia de la pérdida de su flota. El

almirante Elphinston, que poseia las dos grandes cualidades de la guerra naval, la audacia y la prontitud, conjuró á los dos Orlof á que se aprovecharan del terror de los otomanos para arrostrar los cañones de los Dardanelos, como habian afrontado las baterías flotantes del capitan-bajá. Él les juraba que forzaria aquel pasaje guardado por quimeras, y que iria á echar anclas bajo los muros del serrallo para dictar al sultan las leyes de la victoria.

El viento del Mediodía, que habia sucedido al viento del Norte, parecia cambiar al grito de fortuna de los rusos, empujándolos hácia el canal cerrado á los buques con cualquiera otro viento. El lamento de mil griegos, castigados por su falsa alegría en Esmirna y Chio por los marinos que se habian librado del incendio de Tchesme, y sacrificados al pueblo en represalia, pedia venganza á los almirantes rusos. Los bajás y los begs expusieron en vano su vida para salvar la de sus víctimas. La inteligencia declarada de los griegos con los rusos parecia al populacho turco un crimen digno de la pena de muerte. Las islas y la Jonia vieron repetir las atrocidades del Peloponeso; la presencia provocadora de los rusos perjudicaba en todas partes á sus amigos.

Los Orlof, sin embargo, no osaron atravesar los Dardanelos. Limitáronse á la fácil conquista de la



isla de Lemnos, que, semejante á un inmenso navío, anclado á la embocadura del canal, parecia bloquear la entrada y la salida del estrecho.

Pero Elphinston, independiente de los Orlof, porque habia recibido en Petersburgo su grado y su mision de la misma Catalina, resolvió confundir la timidez de sus cólegas mostrando al mundo con su ejemplo que los Dardanelos no eran un obstáculo mas que para los cobardes ó los novicios. Habia estudiado con el golpe de vista de un maestro y de un héroe, las dificultades de la empresa; queria convertir en un lance de guerra lo que parecia un suicidio á los Orlof.

## XXVII

El canal de los Dardanelos, nombrado así de Dardanus, el fundador de Troya ó Ilion, es un valle estrecho de agua tranquila que se abre de repente entre rocas suavemente inclinadas del cabo Sigeo, descrito por Homero. Este rio salado, que corre, tan pronto de la Propóntide (mar de Mármara) al Mediterráneo, como del Mediterráneo á la Propóntide,

segun la corriente, separa, como el Bósforo, la costa del Asia de la costa de Europa. Sus bordes, poco elevados, se inclinan en suaves pëndientes en las dos orillas para soportar ciudades y pueblos que bañan sus cimientos en el agua.

Los señores del Asia se veian obligados á intentar el paso de esta frontera líquida de los dos continentes para ir á devastar la Grecia. La tradicion atribuye al gran rey de Persia, Xerxes, el pensamiento de construir en él un puente y la locura de haber hecho azotar con varas las ondas para castigar la resistencia opuesta á los reyes por los elementos. Las fábulas del amor lo han inmortalizado en sus versos con el recuerdo de dos amantes, Hero y Leandro, que arrostraban las olas y la noche para reunirse en sus orillas. Una balsa aventurada á las tinieblas llevó por él con Soliman los primeros turcos á Europa. Se estrecha á se ensancha en sus sinuosidades como un rio, segun la inflexion de sus bordes, de setecientas á cuatrocientas toesas. La invencion de la artillería que cruza el canal con sus opuestos fuegos, ha permitido á los otomanos impedir que puedan franquearlo los buques enemigos.

Mahomet II construyó los fuertes antiguos poco despues de la toma de Constantinopla. Las dos lenguas de tierra de Sestos y de Abidos tienen cada una



un castillo cuyas baterías podrian destrozar todo lo que pasara; pero el descuido de los últimos reinados habia convertido estas fortificaciones y estas baterías en vanos simulacros de terror. Enormes piezas de cañon, situadas en muros ruinosos para vomitar balas de mármol, exponian con su detonacion á un hundimiento á los mismos fuertes. Otras baterías construidas á flor de agua se hallaban enterradas en la arena. Los mejores artilleros habian partido para el ejército de Polonia. El antiguo gran visir Moldovandji-Bajá, descansaba confiado en sus veteranos.

Elphinston lanza su fragata á través del impotente humo de los castillos, pasa á la luz del sol sin avería, observa si los Orlof, estimulados por su arrojo, osan seguirlo, echa anclas impunemente al otro lado de los fuertes, espera en vano la escuadra rusa, manda á sus trompetas y tambores que celebren su triunfo, y haciéndose servir espléndidamente sobre el puente de su buque, desafía hasta la noche el furor de los turcos reunidos en la costa. Su vuelta fué igualmente impune. El divan humillado y prevenido, se apresuró á enviar al baron de Tott, que habia vuelto de su mision al khan de los tártaros, para que armase los Dardanelos con arreglo á los principios de la artillería moderna. En algunas semanas de traba-

jos, el canal quedó completamente cerrado á los rusos.

Elphinston, indignado con la inútil hazaña que acababa de ejecutar, estrelló en un acceso de cólera su propio buque contra un escollo del cabo Sigeo, y abandonando á los Orlof á su propia suerte, fué á acusarlos á Petersburgo. La emperatriz prevenida contra él por su hermano, lo dejó con ingratitud acabar su vida en su patria.

## XXVIII

El castillo de Lemnos, sitiado constantemente por los Orlof, iba por fin á caer en sus manos como la llave de los Dardanelos, cuando el mismo hombre que habia salvado el honor de la flota resolvió salvar solo la gloria del Archipiélago otomano: este hombre era Hassan.

Escapando á nado del incendio de Tchesme, desnudo, ennegrecido por el humo y cubierto de heridas, se habia dirigido á Esmirna por tierra para evitar la venganza del capitán-bajá Djafar, envidioso de sus hazañas, y acusador suyo. Hassan, popularizado